



Nº 6, 1977

**“TERRA NOSTRA”
PREMIO “RÓMULO GALLEGOS” 1977**

Benjamín Carrión

*“¡Lo Cortés no quita lo Cuauhtémoc!”
Carlos Fuentes*

Hace diez años, para conmemorar el fallecimiento del más ilustre de sus novelistas, Rómulo Gallegos, Venezuela resolvió crear un premio quinquenal para la novela que, cada cinco años, a juicio de un Jurado previamente nombrado, pudiese ser considerada la mejor de las publicaciones en idioma castellano, en todos los países hispano parlantes.

Se especuló en el sentido de que Venezuela no estaba satisfecha de que a tan gran novelista como el autor de “Doña Bárbara”, “Cantaclaro”, “Canaima”, “Pobre negro” y muchas más, se le hubiese negado, en apariencia sistemáticamente, la atribución del consagrador Premio Nobel, por la Academia Sueca. En efecto, solamente a tres latinoamericanos –todos fallecidos hoy- se les ha concedido el Premio. En orden cronológico:

Gabriela Mistral – 1945
Miguel Ángel Asturias – 1967
Pablo Neruda – 1971

Me tocó intervenir –en mi calidad de Presidente de la Casa de la Cultura-, que en plenitud de prestigio, fue invitada para sugerir nombres por la Academia Sueca. Y, en uso de ese privilegio, la Casa apoyó –en su oportunidad, los nombres de Alfonso Reyes, Rómulo Gallegos, Ramón Menéndez Pidal, Pablo Neruda, Miguel Ángel Asturias. A la mayor parte de ellos, por lo menos en dos ocasiones. Nada, nada y nada... Y entonces, se descubre que la primera condición para premiar a un candidato era presentar la mayor parte de su obra traducida... al sueco.

Se creó, pues, el Rómulo Gallegos. Otorgable a la mejor novela publicada en los cinco años anteriores. Publicada y presentada por una institución oficial de cultura del país respectivo. Su cuantía, inferior al Nobel, es considerable: cien mil bolívares.

Fui honrado con la designación de Miembro del Jurado en el primer otorgamiento. La organización fue encomendada al INCIBA, Instituto Nacional de Cultura., creado a base de nuestra Casa de la Cultura, como se lo dijo en el Senado Venezolano cuando su creación, que fue propuesta y mantenida por los ilustres senadores y escritores Miguel Otero Silva y Arturo Uslar Pietri, y



apoyada por el maestro de ensayistas mariano Picón Salas, el del sustancial y maravilloso elogio de “Las Pequeñas Naciones”, que constituyera una de las mayores inspiraciones –coetánea con mi “Elogio de la pequeña nación”, base inspiradora, después de la tragedia de 1941-1942, para concebir –yo solo, eso sí- la fundación de la Casa de la Cultura Ecuatoriana.

Constituimos el Jurado críticos y ensayistas como Arturo Torres Rioseco, Fermín Estrella Gutiérrez, Juan Oropesa, Andrés Iduarte. Las novelas las recibimos sucesivamente, durante los seis meses anteriores a nuestra reunión en Caracas. Al terminar la lectura, yo me había decidido por “La casa verde”, de Mario Vargas Llosa, peruano presentado por Venezuela que quiso tener la elegancia de no presentar candidato propio... El Perú de entonces -cosas de la política literaria- no presentó candidato. Por el mandato del orden alfabético, me tocó hablar primero: presenté la novela de Vargas Llosa y, con expresiones de justo elogio para algunas obras presentadas, “La casa verde” obtuvo la unanimidad de los votos del Jurado. Habían concurrido novelistas de la importancia de Juan Carlos Onetti, Miguel Ángel Asturias, que acababa de recibir el Premio Nobel, con “Mulata de tal”, Droguett el admirable chileno con “Patatas de perro”...

En la segunda ocasión, transcurridos los cinco años previstos en la institución del Premio Rómulo Gallegos, Vargas Llosa era miembro principal. Y Gabriel García Márquez el candidato indiscutible con su arrolladora novela “Cien años de soledad”. El propio Vargas Llosa, Miembro del Jurado, había escrito un libro de seiscientas páginas, “Historia de un deicidio”, proclamando las excelencias geniales de la novela de Gabriel. Sin discusión alguna, fue premiado el colombiano, quien obsequió el monto del premio a un partido joven de izquierda.

Esta tercera vez, el problema se presentaba difícil, por la calidad y cantidad de contendores: Alejo Carpentier, Carlos Fuentes, Augusto Roa Bastos, Jorge Enrique Adoum, Luis Goytizolo (español antifranco), Arturo Uslar Pietri, algunos más.

Fui interrogado en México y Caracas entre 1975 y 1976, en mi calidad de Jurado del Primer Concurso. Opiné a favor de “Yo, el supremo”, de Augusto Roa Bastos, libro extraordinario, de calidades inesperadas por los originales e imprevisibles; hombre extraordinario por su insobornable calidad humana en una época en que, a partir de Gabriela Mistral, Alfonso Reyes, Rómulo Gallegos, la calidad humana de los autores –ensayistas, poetas, narradores- comenzó a ser tomada en cuenta en primerísimo lugar, al par que las excelencias intelectuales. Comenzó a no ser mérito –como lo había sido a



partir y durante el modernismo- el ser alcohólico, drogadicto, servidor de dictaduras y tiranos. González Martínez había dicho: “Tuércele el cuello al cisne/ de engañoso plumaje”, y desde entonces, el escritor latinoamericano tenía que ser eso: escritor latinoamericano, con vida limpia y erguida, inmerso en la vida de su pueblo, siempre en la buena orilla de la libertad y la justicia.

Pudo haber sido Roa Bastos el ganador del Tercer Rómulo Gallegos. Pero ha sido Carlos Fuentes, con su formidable novela “Terra nostra”. Y creo que está bien. Su actitud al renunciar la Embajada de México en París, por haber sido nombrado embajador en Madrid quien, en octubre de 1968, ordenó la matanza estudiantil de “la plaza de las tres culturas”, Tlatelolco, le ha deparado un respaldo estudiantil que no tenía. “Terra nostra” es una novela formidable. No por las novecientas páginas de su extensión un tanto exagerada, sino porque es la exaltación máxima de la mexicanidad, del amor a su gran patria tan golpeada y heroica. Y también, a la gran patria hispánica, que nos ha dado el Quijote para el honor y la Celestina para el deshonor.